





TIEMPO DE TODO



Felipe Guillén

TIEMPO DE TODO



Primera edición: junio de 2022
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Felipe Guillén

ISBN: 978-84-19340-72-6
ISBN digital: 978-84-19340-73-3
Depósito legal: M-15844-2022

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Ana



I

En la oscuridad, el patrón de la barcaza, maldiciendo, maniobrabra contra la fuerte marejada sin perder el rumbo ni la luz que oscilaba a lo lejos. Los cabeceos y bandazos eran cada vez más violentos. Mariam, entre los que ocupaban la barcaza —nueve mujeres y veinte hombres—, se agarró con fuerza al que estaba delante. Al abrir los ojos, se encontró con el rostro aterrado de una adolescente diciendo algo. De pronto, no pudo retenerla, solo la vio caer por la borda y desaparecer. Entonces, un potente haz de luz descubrió la embarcación.

—¡Fondo! ¡Fondo! ¡Fuera, fuera! —gritó repetidamente el patrón.

En el estruendo se oyeron gritos exasperados y la sirena de la Policía marítima. El haz de luz iluminó la quilla de la barcaza y a los que emergían agitando los brazos. Alguien, agarrando a Mariam, zarandeada por las olas, la arrastró hasta la orilla. En cuanto pudo incorporarse, vomitando agua, tambaleante, siguió a los que desaparecían detrás de la duna.

Raúl, con gestos tranquilizadores, salió al encuentro de los que corrían entre los árboles.

—No pasa nada —dijo Raúl yendo de unos a otros—. Quietos, soy el que viene a buscaros.

—¡Policía! —balbuceó nerviosamente un joven, y señaló hacia atrás.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Raúl a Mariam al verla llegar.

—Policía —insistió el joven, y añadió algo incomprensible.

Mariam, respirando ansiosamente, inclinó la cabeza.

—Mierda —murmuró Raúl, y se acercó hacia donde señalaba el joven.

Oculto detrás del arbusto, pudo ver, iluminados por el haz de luz, los restos de la barcaza y a varios policías rescatando un cadáver del agua. Cuando resonó una voz desde la patrullera, Raúl, mirando a uno y otro lado, volvió apresuradamente hacia el grupo e hizo el gesto para que lo siguieran. Todos bajaron con dificultad por un terraplén hasta una hondonada. Raúl, irritado, abrió el teléfono móvil.

—Sí, sí. Hay problemas —urgió en voz baja—. Yo qué sé. Eso a mí no me importa. Ahora pierde el culo o lo perdemos nosotros. No grites. Sí, sí, en el mismo sitio. Ya tendrías que estar aquí. Sí, eso es todo. Tú sí que eres un hijo de puta —cerró el móvil y, acercándose a los que estaban sentados y de pie entre los arbustos, añadió—: Ya vienen a buscarnos.

Las cuatro mujeres y diecisiete hombres, apenas distinguibles, lo miraban con recelo y desesperación. Mariam, entumecida, manteniendo los ojos abiertos, atenta a lo que hacía Raúl, se dejó caer al suelo.

El camión avanzaba en caravana por la autopista hacia el horizonte iluminado por las luces de la ciudad. Al salir de la autopista, siguió lentamente por la calle de un polígono industrial hasta introducirse, por un portón, en la amplia nave.

Cuando el vehículo grúa descargó uno de los contenedores del camión, Alex lo abrió y todos vieron salir, una detrás de otra, siete mujeres jóvenes cubiertas con mantas. En fila, confusas, se mantenían en silencio ante los hombres que tenían delante.

—Hola. Buenos días —dijo una de ellas con acento extranjero y sonriendo.

—Buenos días —saludaron riendo algunos.

—*Acua, acua* —pidió otra.

Alex y Rubén, a una señal de Héctor, repartió botellas de agua y bocadillos; una lo agradeció expresivamente. Raúl, apoyado contra

la furgoneta blanca, se dio cuenta de que la joven que pedía agua estaba embarazada.

—Estas se vienen conmigo —apremió Raúl a Héctor, y señaló a dos de las jóvenes y a la embarazada—: ¿Tú cómo te llamas?

La joven bebía agua con avidez.

—¿Eres sorda? —volvió a preguntar Raúl tocándose las orejas.

—Yo me llamo Rubén, ¿y tú? —se acercó Rubén y le ofreció un bocadillo.

—Irina —murmuró la joven sin dejar de golpear el suelo con los pies.

—Conozco a una Marina, pero no es tan bonita como tú —Raúl echó una mirada a las demás.

—El sordo eres tú —dijo Héctor riendo.

—Lo primero que importa es que os deis un baño y descanséis —continuó Raúl sin hacer caso a la burla de Héctor.

Rubén acompañó a Irina hasta la puerta de los servicios.

—Id vosotras también —dijo Raúl a las dos jóvenes.

—Hoy viene de payaso —comentó desdeñosamente Héctor por lo bajo a Alex.

Cuando salieron las tres jóvenes, Irina murmuró palabras ininteligibles e hizo un gesto de despedida a las cuatro jóvenes que esperaban junto a la puerta del servicio.

—Venid conmigo —Raúl indicó a las dos jóvenes y a la embarazada que se metieran en la furgoneta.

—Muchachos, os debo café, copa y suerte —se despidió Raúl volviéndose hacia Héctor.

—Vete a la mierda —gruñó despectivamente Héctor, y añadió cuando Rubén se disponía a subir a la furgoneta—: Rubén, tú te quedas aquí.

Rubén abrió el portón y, acercándose a la furgoneta, asintió a lo que le decía Raúl. Una vez que la furgoneta salió al exterior, Rubén cerró el portón.

Los faros del coche deportivo iluminaban la carretera. Alicia, cansada, aminoró la velocidad al ver la señal de curva peligrosa. Al

oír la llamada del móvil, contrariada, negó con la cabeza y comenzó a tararear, a gritos, el tema musical que escuchaba por la radio. De repente, las luces altas del camión la deslumbraron, demudada se agarró fuertemente al volante. La cegadora luz, el resonar de la bocina y el intenso chirrido de ruedas pasaron vertiginosamente.

—Cuidado o no lo cuentas —murmuró temblando.

Al detener el coche en el arcén, junto al pretil, golpeó con fuerza el volante y, después de tocar varias veces la bocina, quedó absorta mirando el rasante de la carretera. El aturdimiento se desvaneció con la voz del locutor anunciando un nuevo tema musical. Al iluminar el interior del coche, protestó e insultó mientras buscaba algo en el bolso. Al verse en el espejo, se echó a reír, apagó la luz y puso en movimiento el coche. Cuando el reloj digital marcaba las dos y cinco, a lo lejos, se hizo visible el iluminado monumental edificio.

En el parquímetro del hotel, el recepcionista y otro empleado sacaron del maletero del coche tres bolsones y una maleta.

—Buenas noches. Todo se ha puesto en contra y por eso llego a esta hora —saludó Alicia cerrando el coche.

—Por favor, lo que importa es que usted tenga buen tiempo — el recepcionista le cedió el paso—. La encuentro a usted muy bien.

—Oh, gracias —Alicia sonrió.

Los tres se dirigieron hacia la entrada del hotel. En la habitación, Alicia, en pijama, se acercó a la nevera y, abriéndola, eligió una botella de agua. Al darse la vuelta, se quedó inmóvil, conmovida, viendo en el televisor imágenes, sin sonido, de un naufragio de inmigrantes. Oyó el móvil y fue hasta la mesa escritorio, pero no contestó hasta llenar el vaso y beber un sorbo de agua.

—Sí, sí, ¿cómo? —preguntó con fingido enfado—. ¿Con quién quiere hablar? —cerró los ojos—. Claro que sé la hora que es. Me quedé a cenar por ahí y luego me perdí. Lo siento —después de una pausa abrió los ojos y añadió—: Te aviso que esta será la última llamada que atenderé. Sí vienes por aquí, yo desaparezco. Lo digo en serio. Puedes estar seguro de que así lo haré —mirando las imágenes del televisor bebió otro sorbo de agua—. Unos diez días.

Te llamaré. De acuerdo —sonrió cariñosamente—. También me moriré en la larga espera. Más, más. Chao.

Dejó el teléfono sobre la mesa y salió a la pequeña terraza. Después de respirar profundamente, le sorprendió ver los trazados de luz de los coches que circulaban detrás de la hilera de árboles.

Por la calle, iluminada por las farolas, de vez en cuando pasaba alguien o algún coche. A Eduardo, asomado a la ventana de una cuarta planta, le llamó la atención el raro comportamiento de Rubén y Daniel, que andaban por la acera de enfrente, fijándose en las matrículas de los coches aparcados. Ante la furgoneta blanca, Daniel anotó algo en un papel y, en cuanto lo sujetó al parabrisas, los dos cruzaron la calzada. Eduardo, al perderlos de vista, se apartó de la ventana y volvió a sentarse en la mesa escritorio. Pasados unos momentos, encendió la lámpara de brazo extensible y comenzó a escribir en un cuaderno de apuntes.

Hoy ha ocurrido algo excepcional y por eso lo reseño. Caminaba junto a Julián hacia el aparcamiento. De pronto, tanta fue mi alteración que Julián se dio cuenta y me preguntó si me pasaba algo. Como quería estar solo, le contesté, mirando el reloj, que a esa misma hora tenía una cita. Nos estrechamos la mano y eché a correr. No me volví para verlo, pero debí ser muy convincente. Después, cruzando la avenida, tuve la percepción de que mi cabeza no iba al compás de mis pasos. Al llegar a la acera, alarmado, quise detener un taxi, pero no hice ningún gesto para que eso ocurriera. Mientras retrocedía, buscando apoyo, mi mirada quedó fija en una de las baldosas de la acera.

Eché una ojeada al pequeño reloj que estaba encima de la mesa: eran las tres menos diez. Inició otro párrafo.

En el momento en que apoyaba la espalda contra la pared, la baldosa cedió y caí golpeándome contra la pared y el suelo. Enton-

ces, atónito, vislumbré olvidos y secretos que creía bien guardados. Sufriendo tan insoportable perturbación, me desvanecí en la extendida y silenciosa oscuridad.

Desasosegado, tachó las palabras «extendida» y «silenciosa».

Al ver los rostros preocupados y cercanos, les di las gracias. Cuando me recuperé, los convencí para que no llamaran a la ambulancia y, dándoles las gracias una vez más, me alejé del grupo.

Bebió ansiosamente el agua que quedaba en el vaso.

Este percance me ha descubierto aquello que no me atrevía o no podía enunciar claramente y justifica lo que estoy determinado a hacer de aquí en adelante: voy a librarme de lo que ha atenazado y condicionado mi vida, pero, para que se cumpla, necesitaré de todas mis fuerzas.

Al levantar la cabeza vio, en un extremo de la mesa, una diminuta figura de cristal que representaba a un gorila.

Antes, este enunciado hubiera sido imposible. Ahora, esta es mi mayor alegría, lo hago sin miedo y sin reparo, solo atento a ser riguroso conmigo mismo. Estoy dispuesto a desenredar las medias verdades y las medias mentiras que han ocultado lo más vergonzoso y perverso de mi vida. Y lo haré antes de que ocurra lo imprevisto. No quiero llevármelo conmigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Estoy preparando el catártico que me hará vomitar el insufrible infierno de asco en el que he caído.

Irritado, tachó las palabras «infierno de» y «en el que he caído» y en su lugar escribió «que me ahoga».

Pero aún nada está acabado hasta que no dé fin a mi testimonio. Un solo paso en falso y el final será otro.

La mano precipitada se detuvo. Abrió la boca con exagerado gesto de aversión. Al escuchar ruidos, quedó inmóvil, inquieto. De nuevo, echó una ojeada a las últimas líneas y corrigió las letras ilegibles. Después, guardó el cuaderno en uno de los cajones de la mesa y, apagando la luz, salió de la estrecha habitación.

La furgoneta blanca avanzaba por la estrecha calle del barrio. Raúl, al ver que otro coche dejaba libre el espacio donde aparcar, frenó bruscamente. Se oyó un toque sostenido de bocina. Raúl, irritado, salió de la furgoneta, pero el coche se alejaba a lo largo de la calle.

Los peatones se apresuraban para llegar a la parada del autobús y a la entrada del metro. Raúl se detuvo en el momento en que empujaba la puerta de la cafetería El Mistral.

—Cuánto gusto verlo —saludó afablemente uno de los dos sudamericanos que salían de la cafetería.

—Os debo café y puro, lo sé —se excusó Raúl.

—Las deudas son de honor —insistió burlonamente el ecuatoriano.

—Mañana vendré antes y cumpliré mi palabra —añadió Raúl en el mismo tono.

—Lo veremos. Chao.

Los dos ecuatorianos se apartaron y Raúl entró en El Mistral.

En la calle, Héctor, caminando entre grupos de inmigrantes, saludó a los que se iban en una furgoneta. Después de asomarse desde la puerta de uno y otro bar, llenos de gente, contrariado, se dirigió hacia el grupo que estaba junto al quiosco de prensa. Al reconocer a alguien, lo golpeó con fuerza en la espalda.

—Media hora llevo de aquí para allá. Hijos de puta, ¿dónde os metéis —gruñó Héctor.

—Hemos estado en El Mistral, esperándote —se disculpó Luis señalando la cafetería.

Se acercaron a otro grupo.

—¿Qué pasa? ¿No os quiere nadie? —los encaró Héctor.

—Buen día —saludó cortésmente uno de los ecuatorianos.

—Bienvenido, Héctor. Hoy todo va con retraso —dijo con discreción el otro—. Supusimos, al no decirnos nada, que hoy no tenías nada para nosotros.

—Desde hoy hasta el viernes, ¿os va bien? —interrumpió Héctor y, jactancioso, añadió—: Hay una prima por dos horas más.

—¿Y cómo es de linda la prima? —inquirió uno intencionadamente.

—Si fuera flaca, mañana no vendríaís.

Rieron a carcajadas.

—¿Y Roberto? —preguntó Héctor mirando a su alrededor.

—Está enfermo. Pero ese viene con nosotros —el ecuatoriano señaló a un joven que estaba sentado en el bordillo de la acera—. Es dispuesto y cuidadoso.

—Si tú lo dices... —Héctor se fijó en el resplandor de El Mistral—. Mientras Luis va a por la furgoneta, yo voy a tomarme un café.

Mientras los ecuatorianos veían cómo Héctor entraba en la cafetería, alguien se detuvo a la espalda del joven.

—Eh —llamó en voz baja.

El joven se volvió con brusquedad. Al reconocer al hombre, se incorporó y estrechó con deferencia la mano.

—No te esperaba. Tengo que ir con esos —señaló a los ecuatorianos.

—Tengo que decirte que el día 17 tienes que estar libre —dijo el hombre en voz baja—. A las seis, donde siempre. ¿Te lo repito?

El joven asintió con repentino entusiasmo. El hombre le dio un sobre, que el joven ocultó inmediatamente.

—Solo una cosa más. Si necesitas ayuda, díselo a Rodrigo.

Cuando el joven levantó la cabeza, el hombre había desaparecido entre los grupos de inmigrantes.

—¡Utiell! —llamó uno de los ecuatorianos.

El joven miraba atentamente la fotografía que había sacado del sobre.

—¡Utiell! —insistió la voz del ecuatoriano.

El joven guardó el sobre, recogió la mochila y, sonriendo, se acercó a los que esperaban junto al quiosco de prensa.

Algunos clientes, después de pagar a la camarera, se marchaban de El Mistral. Raúl, junto a la barra, escuchaba sin interés lo que decía Daniel.

—Si no fuera así —continuó con gestos expresivos—, ¿crees que te lo contaría? Sé hasta dónde se pueden forzar las cosas, pero, si te pasas o pierdes el control, aquí tengo un amigo, aparte de ti —se tocó la frente—, que me avisa: «Peligro, peligro». Para mí las salidas están aquí —volvió a tocarse la frente—. Por eso hablo y hablo hasta que pase lo que tiene que pasar —se echó hacia atrás y chocó con Héctor. La cartera que este tenía en la mano cayó al suelo. Rápidamente, Daniel la recogió y se la devolvió a Héctor.

—Estás de suerte, Dani —dijo Héctor echando una ojeada a Raúl y a los que estaban sentados en la mesa próxima—. Puedo darte uno como este si haces lo que te pida —mostró el billete que acaba de sacar de la cartera y añadió levantando la voz—: Te lo daré si no lo coges con las manos ni con los pies.

Daniel juntó los codos y los acercó al billete.

—Te he dicho que no lo puedes tocar con nada de ti —advirtió Héctor.

—Héctor, déjalo en paz —manifestó con animosidad Raúl.

—Adelante, Dani —incitó Héctor.

Daniel sacó la lengua y la acercó al billete.

—Eso también es tocarlo —Héctor lo apartó y rio satisfecho.

—Vámonos. Ya es tarde —dijo de pronto Raúl señalando la puerta.

—Dani, ¿vas a perderte esto?

Raúl empujó enérgicamente a Daniel hacia la puerta. Héctor agitó el billete hasta que Daniel y Raúl salieron de la cafetería. Héc-

tor, riendo, negaba los intentos de coger el billete a los que estaban sentados en la mesa.

Desde la puerta, Daniel se acercó rápidamente a la camarera y le dijo algo al oído.

—Ahora no puedo, ¿no lo ves? —la camarera guardó lo que le entregaba un cliente.

—Por favor. Tiene que ser cuando yo te llame.

—Sí, sí —asintió la camarera, limpiando la mesa.

Daniel se fue hasta donde se encontraba Héctor.

—Eh, acepto la apuesta —dijo Daniel con voz ronca.

Los que estaban sentados en la mesa lo miraron sorprendidos. Héctor, sin hacerle caso, levantó el brazo para llamar la atención del camarero, detrás de la barra.

—Ahora no. Tengo que irme.

—Tú hiciste una apuesta y la acepto —lo encaró con desparpajo Daniel—. Estos son testigos. Cubro la apuesta —puso un billete sobre la mesa.

Héctor hizo un gesto de fastidio.

—¿Te vas a echar atrás? —gesticuló Daniel con insolente vehemencia.

—No me toques los mismísimos —Héctor amagó un golpe que no intimidó a Daniel.

—Venga, Héctor —animaron los demás.

Daniel vio que la camarera se acercaba mucho a ellos.

—Está bien. Ya sabes que no puedes tocarlo de ninguna manera.

Héctor puso el billete encima del otro. Daniel retrocedió dos pasos. Sin dejar de mirar los billetes y con los dedos índices en las sienes, susurró palabras ininteligibles.

—Ya —gritó Daniel y, quitándose la gorra, la tendió hacia los billetes—. ¡Ya! —gritó aún más fuerte.

Todos reían a carcajadas. De pronto, se acercó la camarera, cogió los billetes y los introdujo en la gorra de Daniel. Todos quedaron en suspenso.

—Rosa, ¿qué haces? —gritó Héctor perplejo.

Daniel, exaltado, corrió hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó la camarera—. Él me dijo que pusiera los billetes en la gorra. Es el pozo para la quiniela, ¿no?

—Ven aquí, tramposo. Ya verás lo que te espera cuando te pille. ¡Será cabrón!

Héctor, al volverse, terminó riendo como lo demás. Antes de salir de la cafetería, Daniel hizo un triunfal corte manga.

La luz del alumbrado de la calle, la que pasaba a través de la persiana a medio cerrar, era suficiente para entrever a los que estaban acostados en la cama. Martín miraba el rostro dormido de Isabel. El creciente desasosiego lo hizo levantarse, se puso la bata y, sin hacer ruido, salió de la habitación. En mitad del pasillo, abrió una puerta y entró en el escritorio. Una vez sentado en la mesa, encendió la lámpara y el ordenador, buscó algo entre el montón de carpetas y libros, pero, al no encontrarlo, la mirada se quedó fija en los bordados del estor que colgaba desde el techo al suelo y que cubría la ventana. En dos árboles frondosos, uno a cada lado del estor, resaltaban pájaros de vivos colores; en el centro, dos enormes pavos reales se enfrentaban mostrando sus colas fastuosas, y, en la parte inferior, un grupo borroso de personas paseaba a la orilla de un lago. Fascinado, cerró los ojos y lentamente inclinó la cabeza.

En lo alto de la empinada rampa, Martín vio sorprendido la desmedida fachada de una fábrica. Al acercarse al portón abierto, observó extrañado el pasar incesante de gente sin que nadie saliera del interior del edificio. Le sobresaltó reconocer a Raimundo y, para no perderlo de vista, sin darse cuenta, traspasó el portón. En cuanto acostumbró los ojos a la penumbra, lo vio, entre los que iban y venían, por uno de los pasillos que formaban los sacos y cajones apilados. Al avanzar apresuradamente, tuvo un encontronazo con un hombre que, trastabillando, cayó contra el saliente de un cajón. Martín, disculpándose, le tendió la mano. El hombre, sin soltarle la mano, con exagerado gesto de dolor, subió la pernera del

pantalón y mostró una herida sangrante. De la gabardina sacó un pañuelo sucio en el que escupió tres veces y lo acercó a la boca de Martín para que hiciera lo mismo. Martín, asqueado, logró soltarse y, dando violentos empujones, se abrió paso entre la gente. Corrió atropelladamente por el laberinto de pasillos hasta que dejó de oír los gritos amenazadores de los perseguidores; exhausto, se apoyó contra los apilados sacos.

—¿Quién ha sido? ¿Y ahora qué hago? —oyó que preguntaba una mujer, al otro lado del pasillo con un zapato sin tacón en la mano.

En el grupo que la rodeaba, le llamó la atención el hombre de espaldas y la mujer que se miraba en un espejo de mano.

—¡Amelia! ¡Amelia! —llamó Martín.

Amelia continuaba retocándose el maquillaje. Martín se detuvo al ver que el hombre la estaba manoseando. Amelia, con sonrisa jactanciosa, siguió mirándose en el espejo. El hombre, riendo, encendió un cigarrillo y Martín descubrió, consternado, en el pequeño espejo, la mirada fija de animadversión de Amelia. Al darse vuelta, tuvo que echarse a correr para no ser arrollado por la gente que lo perseguía. Cuando dejó de oír las voces y gritos, cayó de rodillas. En la penumbra, se abrió una rendija de luz; extrañado, apoyándose en las rodillas y en las manos, se acercó hasta juntar el rostro contra la luz. A lo lejos pudo ver a gente bañándose en las aguas refulgentes del lago. De repente, el regocijo se truncó en agudo dolor. El hombre de la gabardina empuñaba un cuchillo que penetraba brutalmente una y otra vez en el cuerpo de Martín.

—Martín, Martín —llamó una voz de mujer.

Respirando ruidosamente, Martín abrió los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Isabel.

—He visto en sueños a Raimundo —murmuró Martín sobresaltado.

—Los muertos vuelven buscando alguna respuesta. Nos engañó a todos. Pobre Laura.

—Ha vuelto para avisarme que esta mañana tengo que llevar a Laura al hospital.

—¿Sabes qué hora es? —Isabel, sonriendo, le pasó la mano por el cabello.

—Siento haberte despertado.

—Vamos. Es mejor que estés en la cama, aún es temprano.

Martín apagó el ordenador y la lámpara. Abrazados, se dirigieron a la puerta y salieron del escritorio.

Laura, junto a la ventana, sujetando la pesada cortina y el visillo, miraba inquieta hacia la calle. En la acera de enfrente, ante la tienda, el dependiente norteafricano daba patadas a unas cajas. Del montón de cartones, se incorporó el vagabundo y, abrazado a una bolsa, se alejó lentamente. Laura, negando con la cabeza, se apartó de la ventana y, cojeando levemente, se sentó en la mesa escritorio. Le conmovió la fotografía con marco de plata: Raimundo tiene un niño recién nacido y Laura, acostada en la cama, los contempla riendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin hacer ruido, Antonia entró en el piso llevando una bolsa y se dio cuenta de que había luz en una de las puertas del pasillo. En la cocina, de la bolsa, solo sacó varios sobres y dos diarios, y con ellos se dirigió hasta la puerta entreabierta del pasillo.

—Soy yo. Buenos días, señora —saludó en voz baja.

—Buenos días, Antonia —dijo Laura, sentada en la mesa escritorio, sin dejar de escribir—. No puede ser tan tarde.

—Aquí le dejo el diario y el correo.

—Por favor, Antonia, no se vaya.

—Por lo que veo, cada día se levanta más temprano. Yo, cuando no puedo dormir, me quedo en la cama. Así, al menos, el cuerpo descansa.

—No hables tan bajo. Ya es hora de despertarlo —dijo Laura poniéndose en pie y, con leve cojera, se acercó a Antonia.

—De todas las maneras, él aún puede dormir una media hora más.

Antonia le entregó lo que tenía en las manos. Laura, con prontitud, rasgó uno de los sobres.

—Hoy quiero desayunar con él.

—En ese caso, allá voy —Antonia se llevó el búcaro con flores marchitas.

—Por favor, Antonia, dé la luz.

A Antonia le sorprendió el grave tono de voz. Antes de salir, pulsó el interruptor y se iluminó el despacho. Leída la carta, Laura la rompió en pedazos y los arrojó a la papelera. Apoyándose en el bastón que estaba junto a la mesa, se acercó al equipo de música y lo puso en funcionamiento. Escuchando la *Sinfonía número 40* de Mozart, se detuvo ante el espejo, con marco barroco, colgado en la pared, donde se compuso el peinado y ajustó la elegante bata.

—Está como un tronco —dijo Antonia al entrar, y comenzó a cubrir la mesa con el hule y el mantel blanco.

Laura, con resolución, se dirigió hacia la puerta.

—Espere, ya voy yo. Estará aquí enseguida, se lo aseguro.

Antonia salió refunfuñando del salón. Laura, preocupada, se acercó al escritorio y bajó el volumen de la música.

—Ya viene —dijo Antonia entrando con una bandeja que dejó sobre la mesa—. Va a darse una ducha y, antes de que yo termine de hacer todo, estará aquí —al fijarse en Laura, añadió sonriendo—: Un día Ignacio tendría que hacerle una fotografía para que usted vea la cara del malhumor que se le pone —rápidamente se retiró.

Laura alisó el mantel y cambió la disposición de los platos, tazas, cubiertos, la mantequera, los tarros de mermeladas y el de la miel.

—Todo está listo —anunció Antonia entrando de nuevo.

Dejó el búcaro con flores sobre la pequeña mesa que señalaba Laura y, acercándose al balcón, corrió las cortinas.

—¿Cuánto tiempo hace que no voy a ese piso? —preguntó Antonia mirando la fachada del edificio al otro lado de la calle—. Desde que lo vendieron, tres o cuatro años. Mire, antes esos balcones estaban llenos de plantas y flores, yo las regaba y usted ha podido verlas desde aquí —Laura, dubitativa, cambió de lugar el búcaro con

flores—. Ahora, me lo ha dicho una vecina, ahí habrá unas veinte o más personas. Qué listo fue don Julián, supo lo que iba a pasar y por eso levantó el vuelo —al darse la vuelta vio a Laura sentándose en la mesa—. ¿Se lo he contado? Mis hijos nos dijeron que vendiéramos el piso. A los cinco minutos ya teníamos comprador. Todo lo que se pone en venta ellos lo compran ¿Cuánto cree que nos daban? Con eso no teníamos ni para comprar un nicho. Es así y tenía que pasarnos a nosotros porque no estamos nunca en lo que se está jugando. Estos cambios no tendrían que darse en la vida de una persona. Ahora me pregunto: ¿cuánto tiempo tardarán en saltar a este lado de la calle? —se interrumpió al ver el rostro desencajado de Laura.

—Por favor, Antonia —reconvino Laura.

—¿Qué le pasa, señora? —compungida y solícita se detuvo ante Laura—. Algo he dicho que la ha puesto así, ¿verdad?

—No, no es con usted —respiró profundamente Laura y se irguió con sonriente calma—. Ya viene Ignacio. Por favor, caliente los panecillos.

Antonia salió apresuradamente y Laura se quedó inmóvil, escuchando los ruidos de la casa.

—Mamá, buenos días. Perdóname —irrumpió afectuosamente Ignacio, y la besó en la mejilla.

—Buenos días, hijo. Estos días son los peores para ti —le señaló dónde sentarse—. ¿Qué tal estás en casa de Enrique? ¿Duermes lo suficiente?

Ignacio asintió sonriendo.

—Solo faltan tres días y volveré a casa —desdobló la servilleta.

—Ahora lo que importa son tus exámenes.

—Y sobre todo los de Enrique. Hay un profesor que lo tiene en el punto de mira.

—¿Por qué?

—Desde el principio no conectan.

—Eso no puede ser. Y tú, ¿estás en la mira de ese profesor?

—No, mamá. Pero nos gustaría que esa inquina quedara al descubierto —y con entusiasmo, añadió—: A Jorge se le ha ocurrido

algo. Los tres entraremos en el examen con una cámara diminuta y así grabaremos nuestras auténticas respuestas.

—¿Hablas en serio? Eso es reproable moralmente. Además, esas grabaciones, tienes que saberlo, no tienen valor de prueba.

Apareció Antonia con una jarra, una tetera y un canastillo con tostadas que fue dejando sobre la mesa.

—Gracias, Antonia.

—Mamá, no lo tomes al pie de la letra —dijo Ignacio una vez que Antonia se retiró—. Es solo un testimonio para que el examen pueda ser evaluado *a posteriori*, en el caso de que el profesor se deje llevar por su resentimiento hacia Enrique —levantó el cuchillo con el que untaba la mantequilla y, rápidamente, lo corrigió ante la mirada desaprobadora de Laura—. No iremos más allá de lo posible. Simplemente es nuestro derecho al pataleo —mordió la tostada.

—Aun así, me parece que no es bueno meterse en esa clase de líos. Lo más inteligente es eludirlos. De no hacerlo, se queda uno enredado en ovillos sin fin.

—¿Quieres decir que, si adoptáramos una actitud aduladora, no estaríamos en esta situación? Ahora, querámoslo o no, estamos obligados a obrar para que no se cometa una injusticia.

—No lo repitas más. Mi intención es la de ponerte en guardia ante situaciones como estas. Supongo que ya sabes lo que se gana y lo que se pierde en este juego, ¿verdad? —se llevó la taza a los labios.

Ignacio asintió con sonrisa condescendiente.

—No te preocupes, mamá. Tendremos cuidado en no pisar el resorte que dispara la trampa —abrió desmesuradamente los ojos—. No haremos de esto un caso personal.

—Hijo, tú eres mi caso personal.

Ambos se echaron a reír.

En la cocina, Antonia observaba lo que había dentro de la nevera.

—Huevos, judías verdes, yogures —murmuró.

Cerró la nevera y, acercándose a la mesa, anotó algo en el papel.

Sonó la musiquilla del móvil y corrió hacia el bolso, que estaba encima de la silla.

—Hola. Sí —contestó en voz baja—. ¿Eres Dani? —con extrañeza cambió el móvil al otro oído—. ¿Y me llamas a estas horas? ¿Qué pasa? Entonces, ¿por qué me llamas aquí? ¿Seguro que no es nada grave? ¿Que estás aquí, en la puerta del piso? —asustada se irguió lentamente—. No es posible. No se te ocurra tocar el timbre. Ya voy. Por favor, no hagas ruido.

Rápidamente, se dirigió a la puerta de entrada. Al abrirla, le sobresaltó ver el aspecto lastimoso de Daniel.

—Soy yo, abuela —saludó Daniel con sonrisa tranquilizadora. Tenía los ojos amoratados, hinchados y sangre seca en el cuello y la ropa.

—Madre mía, ¿qué te han hecho? —preguntó estremecida, y tendió la mano para tocar el desfigurado rostro. Daniel, con gesto de dolor, se echó atrás—. ¿En qué andas metido? Pero ¿qué ha pasado?

—Abuela, no es lo que tú crees —sonrió precavido. Antonia hizo el gesto para que bajara la voz—. Me he caído de una moto, pero estoy bien. Si me presento a mi madre en este estado, se puede armar una grande. Solo quiero hablar contigo, tengo que contarte algo.

—Te he dicho que no vengas por aquí.

—Lo sé, abuela. Si hubiera abierto ella, me hubiera ido. He venido porque no tengo más remedio que hablar contigo y con el abuelo.

—No se te ocurra aparecer así delante de él.

—En cuanto os lo diga, lo entenderéis —Daniel hizo el movimiento de entrar.

—No, no. Dentro de un rato saldré a comprar unas cosas. Me esperas delante de la farmacia, ¿me has oído?

—Bueno. Ahí estaré.

Antonia, aturdida, cerró la puerta. Apresuradamente, se dirigió a la cocina.

En el escritorio, Ignacio dejó la servilleta sobre la mesa y echó una mirada a su reloj de pulsera.

—Hijo, ¿quieres traerme un paquete que está en el cajón de la izquierda del escritorio?

Ignacio se levantó y, desde la mesa escritorio, mostró un pequeño paquete envuelto con papel de regalo.

—¿Es este? —preguntó volviéndose.

—Ábrelo. Es para ti.

—¡No puede ser! —dijo con admiración al abrir la tapa del estuche—. Es igual que el que me trajo papá. Es una maravilla de miniatura ¿Cómo se te ha ocurrido después de tanto tiempo? Pero ¿cómo es posible?

—Lo que quedó del juguete lo guardé y de sus restos se ha conseguido lo que tienes en las manos.

Ignacio, acercándose, la abrazó exultante. Laura se echó a reír.

—Este no se romperá nunca —la besó—. Mamá, te quiero.

Ella le acarició la cabeza.

—Ya tengo que irme. No quiero llegar tarde a la clase de Eduardo —guardó la miniatura en el estuche.

—Hijo, he quedado con Martín para ir al hospital. Me gustaría que tú vayas algún día.

—Claro que sí. Ya hablaremos. Te llamaré.

Desde la puerta, Ignacio lanzó un beso con la mano. Laura, asintiendo, sonrió. Al escuchar cómo Ignacio se despedía de Antonia, con tristeza se echó hacia atrás y cerró los ojos.

En la sala de espera del hospital, Martín, en voz baja, atendía la llamada del móvil.

—Le contestó que podía venir cuando quisiera. Sí, pero es mejor no saberlo —rio sin dejar de mirar a una de las puertas del largo pasillo—. Le quedan fuerzas suficientes para ponerlo en su sitio. Entre otras cosas, le ha extrañado que usted no venga a verlo. Se lo diré —al ver a Isabel, Laura, Ignacio y Alonso acercándose desde el fondo del pasillo, añadió—: Lo llamo después. Acaba de llegar Isabel. Hasta luego.

Saludó con gestos a todos para no interrumpir a Isabel.

—Cuando don Elías nos describía los pasos de la intervención —continuó con gravedad Isabel—, mi abuelo escuchaba sin decir ni una palabra, pero, en el momento de la despedida, lo retuvo diciéndole que tenía que pedirle un favor. Don Elías, riendo, le contestó que ya lo tenía concedido.

—Esos compromisos con tu abuelo son muy peligrosos —dijo sonriendo Alonso.

—No es lo que usted imagina. Escuche, le ha pedido que aplazara por unas semanas la intervención.

—No es posible —Alonso, con la palma de la mano, se golpeó la frente.

—Don Elías le preguntó el porqué. Y mi abuelo contestó que ese era el tiempo necesario para ordenar unos papeles, porque tenía la intuición de que después no podría hacerlo. Se puede figurar cómo nos quedamos todos. Don Elías, creyendo que era una broma, le ha dado una palmada y ha añadido que no tenía por qué preocuparse. Mi abuelo, dando por hecha la conformidad, se despidió agradeciéndole la deferencia y prometiendo que sería el mejor de los pacientes. Sin más, lo ha acompañado hasta la puerta.

—Entonces, ¿se ha pospuesto la intervención? —preguntó Laura desconcertada.

—Espera. Salí tras don Elías y le he suplicado, por el bien de mi abuelo, que lo mejor era operarlo lo antes posible, tal y como estaba previsto. Él, muy serio, me contestó que la decisión válida era la de mi abuelo —abrumada, inclinó la cabeza—. No tiene sentido, ¿verdad?

—¿Tu hermano qué dice?

—Sigue en Nueva York —Isabel dio unos pasos hacia la puerta, ellos la acompañaron—. Ya tendría que estar aquí. Estoy segura de que a él no le llevaría la contraria.

—A lo largo del día la decisión puede cambiar.

—No sé cómo acabará todo esto —se lamentó Isabel.

—Habla con él, sin olvidarte de las razones que ha expuesto para posponer la intervención.

—Es horrible. No quisiera reprochármelo después.

—Lo estás haciendo muy bien —asintió Laura.

—Él sabe los efectos que le causa la medicación. Está en la peor de las situaciones para hacer lo que él quiere. Después de la intervención, sí que tendría alguna posibilidad.

A Martín le sorprendió tan afectado dolor.

—Díselo así y quizá acceda —la tranquilizó Laura—. Pero si sigue adelante con su decisión, no tendrás más remedio que apoyarlo. ¿Quieres que hable con él?

—No, no —murmuró Isabel.

Todos se volvieron para ver cómo Rafael salía y cerraba con cuidado la puerta de la habitación.

—Su apariencia no es propia de tal gravedad —dijo Rafael en voz baja al acercarse Isabel—. Lo he encontrado igual que siempre. Miento, hoy ha estado más expresivo y lúcido. Todo el tiempo ha hablado de su preocupación por dar fin a su trabajo. Tanto es su entusiasmo que, a sugerencia mía, ha aceptado la ayuda de Luis —conmovido, hizo una pausa—. Esta sería la última piedra que cierra su pirámide, así me lo ha dicho. No sé cómo, pero habrá que ayudarlo. Si no te parece mal y siempre que él se encuentre con fuerzas, me tendréis en vuestra casa día por medio.

Rafael agarró del brazo a Isabel y se apartaron.

—Perdona, Isabel. He estado reprimiendo mi emoción, pero ante ti no lo haré. Solo es un momento. Cuando le estaba dando una excusa para retirarme, me ha hecho señas para que me acercara. He pensado que querría contarme algo muy personal, pero, para mi sorpresa, he recibido el más emotivo, el más sereno de sus abrazos —se limpió las lágrimas con un pañuelo de papel que le había dado Isabel—. Entonces, como me era imposible mantenerme entero, sin mirarlo y sin una palabra más, he puesto la puerta de por medio.

Isabel se cubrió la cara con las manos.

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites —Rafael, afectado, la abrazó.

—Es necesario que usted venga, señora —dijo una enfermera detrás de ellos.

Isabel se separó de Rafael e hizo una seña a Laura e Ignacio para que pasaran a la habitación.

—Bien, nosotros tenemos que irnos —dijo Rafael a Martín—. En momentos como estos, parece que todo adquiere su sentido real —cogió del brazo a Martín y se echaron a andar, los seguía Alonso—. Ahora, así lo espero, estaremos más unidos. Es curioso, ahí dentro, el viejo me ha hablado de Eduardo, ¿qué tal está? —preguntó afablemente a Martín.

—Está muy bien. Quizá venga esta tarde.

—Entre nosotros se ha interpuesto un malentendido, ¿sabes? ¿Crees que podrías ser nuestro mediador?

Martín lo miró sorprendido. Al detenerse ante el ascensor, Rafael hizo un gesto significativo.

—Lo impide nuestra mutua desconfianza. Si te lo pido es porque tu acercamiento a Eduardo puede ayudarnos a salvar el primer obstáculo.

Martín lo observaba con prevención.

—Pero no era de esto de lo que quería hablar contigo, sino del homenaje al viejo. Algunos opinamos que la persona apropiada para llevarlo a cabo eres tú —dándole una palmada en la espalda se introdujo en el ascensor, detrás de Alonso—. Pero ni una palabra a nadie, hasta que se haga oficial. Nos llamamos —concluyó señalándolo con el dedo índice.

Martín permaneció obsequioso hasta que se cerró la puerta del ascensor.

De la habitación del hospital salieron Laura, Ignacio e Isabel, que cerró la puerta. Por el fondo del pasillo se acercaba Martín atendiendo la llamada del móvil.

—Ya lo sabes. Cuenta conmigo y con Ignacio —dijo Laura, y besó en la mejilla a Isabel.

—Gracias. Si es necesario, lo haré.
—¿Qué sabes de Eduardo? Hace mil años que no lo veo y vivimos en el mismo barrio.
—Por aquí que no aparezca —Isabel negó violentamente con la cabeza.
—¿Qué te pasa? —preguntó desconcertada Laura.
—Nada, nada. Ya te contaré.
—¿Sabes la hora en la que entra al quirófano?
—Es el primero, será muy temprano, pero no quiere ver a nadie, ni antes ni después. Te diré cuándo puedes venir —hizo un gesto hacia Ignacio—. Lo veo muy bien.
Laura asintió y volvieron a juntar las mejillas.
—Vuelvo enseguida —dijo en voz baja Martín a Isabel.
Laura se agarró del brazo de Martín y los tres, lentamente, se dirigieron hacia el ascensor.

Una valla prohibía el tráfico de coches por la calle. Al fondo, varios operarios reparaban la rotura de una tubería. Laura y Martín caminaban, entre peatones —la mayoría inmigrantes—, a lo largo de la acera.

—Algún día terminarán las obras —dijo Laura.
—Él siempre ha sido así y no va a ser distinto ahora —continuó Martín con sonrisa intencionada.

De un portal salió Alex haciendo señas para que Ilina y Lili se dieran prisa. Martín y Laura, al cruzarse con ellas, se apartaron para dejarlas pasar. Lili llevaba del brazo a Ilina que, con gesto de dolor y sujetándose el vientre, caminaba con dificultad.

—No digas tonterías. Ella sabe muy bien lo que hace.
Martín, al escuchar lo dicho por Lili, se detuvo para mirarlas. Daniel, al chocar con Martín, dando traspies, se enganchó con algo que sobresalía de un contenedor de escombros.

—Mira lo que has hecho —gritó Daniel irritado, y mostró el desgarrón del bolsillo del pantalón.
—Lo siento —se disculpó Martín con asombro.

—¿Ahora quién me va a pagar este daño? —preguntó con exagerado dramatismo.

—Toma, con esto tienes para comprarte otro pantalón —se interpuso Laura ofreciéndole dinero.

—No, no —rechazó respetuosamente Daniel—. De usted, no. Pero de este, sí.

Martín sacó un billete de la cartera.

—Dani, Dani —llamó Rubén desde la esquina próxima.

—Me llaman. Tú ya estás en mi archivo —Daniel, con el dinero en la mano, se despidió golpeando amigablemente el hombro de Martín.

Ambos lo vieron alejarse y juntarse con Rubén. Al reanudar la marcha, Laura hizo un gesto de sonriente condescendencia.

—¿Lo conoce?

—Sí. Es el nieto de mi asistenta.

Martín se fijó en que la mayoría de las tiendas exponían en los escaparates artículos electrónicos.

—Mi impresión es que el viejo quiere que Eduardo y Rafael se vean y aclaren algunas cosas —insistió Martín—. Pensé que iba a ser más fácil juntarlos.

—No te preocupes. Eso será debatido en la próxima reunión.

Martín miró a su alrededor y le sorprendió el ajetreo de la gente.

—Para ti, ¿cuál sería el candidato ideal para las próximas elecciones? —preguntó con sarcasmo Laura—. Los problemas parecen menos problemas dependiendo de quién sea el que los enuncie —un joven entró en una tienda llevando un maniquí en brazos—. El experto eres tú, pero creo que el peinado debería tener un toque de descuido y su traje debería ser de hechura de gran almacén, ¿sí o no?

Martín, riendo, afirmó con la cabeza y quedó en suspenso mirando, a través del escaparate, a la adolescente china que, con asombro, miraba al maniquí.

—La respuesta es inmediata. La gente prefiere a los que no se distinguen por nada y se parecen a todos, pero es indispensable que transmitan calor humano.

—En ese caso, tengo uno —Laura imitó los gestos de Rafael.

—Pero ese no tiene el don de la palabra.

—¿Por qué no? Solo tiene que repetir las palabras del Cyrano, el que nunca será visto. Si el Cyrano es bueno, el que da la cara solo ha de tener un buen parecido y buena memoria. Nosotros tenemos el mejor de los Cyranos —hizo un gesto de entendimiento.

—Ahora ya sé por qué no habrá arreglo entre Rafael y Eduardo, aunque lo quiera el viejo.

Se oyó un ruidoso golpe, el reventar de cristales, el entrecrochar de metales y el sonar de una alarma. Laura, Martín y otros peatones se resguardaron precipitadamente en un portal. En medio de la calzada, alguien, saliendo de una tienda, gritaba y hacía señas para que se detuvieran los coches. Dos jóvenes, con las cabezas cubiertas con pasamontañas, corrían por la acera; uno de ellos eludió a la adolescente que empujaba una silla de ruedas, donde iba una minusválida, pero no pudo evitar el choque con Antonia, que andaba detrás de ellas.

—Señora, ¿está bien? —preguntó con acento peruano la adolescente.

—No puede ser —murmuró Antonia, con gesto de dolor, mientras hurgaba en la bolsa y, al ver que el tarro de cristal no estaba roto, sopló con alivio.

La adolescente ayudó a que se levantara Antonia.

—Solo ha sido un susto. Gracias, gracias.

—¿Necesita mi ayuda?

—Es mejor que des la vuelta, ahí hay mucho lío.

—Chao, señora.

—Adiós. Tened cuidado.

Kantuta, empujando la silla, se dirigió hacia la próxima esquina. Antonia se unió a los que se agolpaban delante de la ferretería. En el interior de la tienda, un hombre observaba amargamente los destrozos causados por la bombona de gas que había sido arrojada contra el escaparate. Al remover un caballete, se desplomó una estantería. El hombre, agachándose, salió a la acera, empuñando una barra de hierro.

—¡La alarma, señor! ¡Cortar! —gritó el norteafricano de la tienda de al lado.

El hombre miró amenazador por encima de la gente que lo rodeaba.

—Mirad lo que han hecho. Esos hijos de mala madre lo han conseguido. Esto ya no tiene arreglo. ¿Puedo hacer algo? No, ya no se puede hacer nada. Se acabó, se acabó. Esto es lo que queríais oír. Ahora ya está dicho, ya está dicho.

Dos policías se abrieron paso entre la gente.

—Fuera. Esto no es un circo —ordenó uno de los policías.

—Mirad, ya están aquí —los encaró el hombre—. Vosotros sois los primeros que veo en mucho tiempo.

—Buenos días —saludó uno de los policías—. Tranquilícese, señor. ¿Está herido? —con simulada amabilidad y acercándose con precaución—: Por favor, deme eso —señaló la barra de hierro.

—Es lo único que me queda —el hombre se mantenía amenazador.

—Bueno, ya ha pasado todo. Deme eso. ¿Oye lo que le digo? Deme eso —insistió el policía levantando la voz.

—No hay nada que hacer. Hace mucho que sabía que esto iba a pasar —dijo indignado el hombre.

—Él no está bien. Es peligroso, siempre líos —advirtió con animosidad uno de los que lo rodeaban.

Antonia miraba con reprobación a quienes sonreían burlonamente.

—Aparar sirena o volver loco, señor policía —señaló la alarma el norteafricano tapándose los oídos.

—¿Sabe quiénes somos? —el policía, sonriendo, dio un paso hacia el hombre—. Muy bien. Ahora vamos adentro y nos cuenta lo que ha pasado.

—Esta es una plaga que acabará con todos nosotros —dijo el hombre levantando la voz.

—Le oigo muy bien.

—No le grito a usted, llamo a los que pueden sacarnos de todo esto.

—¿Quién es ese? ¿Es familiar suyo? —el policía, exageradamente sorprendido, señaló el interior de la tienda.

El hombre volvió la cabeza y los dos policías le arrebataron la barra de hierro.

—¿Se encuentra bien? Es mejor que vayamos dentro. ¿Quiere un poco de agua? —preguntó otro de los policías.

El hombre, sin fuerzas y con lágrimas en los ojos, inclinó la cabeza; se dejó llevar por los dos policías al interior de la ferretería. Al momento, cesó de sonar la alarma. Después, llegaron más policías y dispersaron a la gente.

Antonia se acercó a Laura y Martín.

—Señora, ¿ha visto lo que ha pasado?

—Sí, sí —murmuró inquieta Laura.

—Vaya suerte la suya. Él y su hijo lo van a pasar mal —miró con extrañeza a Martín—. Señora, recuerde que el martes voy a su casa; el lunes no puedo.

—Lo sé. Hasta el martes.

Antonia se apartó rápidamente. Laura, al darse vuelta, se apoyó en el brazo de Martín.

—No es posible —dijo en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó Martín inquieto.

—No, no —sonriendo añadió—: Solo tengo que tomarme una tila. Se echaron a andar por la acera hasta desaparecer entre los peatones.

Isabel, seguida de Martín, sin los zapatos, encendió la luz y entraron en el dormitorio. Ella dejó el bolso encima de una butaca y se dirigió hacia el cuarto de baño; él se quitó la chaqueta y esperó apoyado en la cómoda.

—Cada día está de peor genio. Si le hablo, no me contesta —dijo con enfado Isabel desde la puerta entreabierta del baño.

—No oye bien —advirtió Martín.

—Y cuando lo hace, no me mira —Isabel salió del baño y buscó algo en el bolso—. Y sin venir a cuento, me habla de mi hermano, alguien que ve de higos a brevas. Está claro que lo hace

para fastidiarme. Hoy le he propuesto que se venga con nosotros y simplemente ha negado con la cabeza.

—Sabe que necesita muchos cuidados.

—Prefiere irse al apartamento.

—Él lo quiere así.

Repentinamente, Isabel, al moverse hacia la cómoda, tropezó con Martín.

—Estás por todas partes. Por favor, no es el momento para añadir más problemas a los que ya tenemos —irritada, volvió a entrar en el baño.

—¿No crees que es lo mejor? Todos sabemos lo que va a pasar.

Martín quedó absorto mirando algo que estaba en el suelo. Apareció Isabel en pijama con la ropa de calle en los brazos.

—Conozco esa cara —recriminó Isabel al fijarse en la mirada agobiada de Martín.

—No es fácil decir no a Rafael, tú lo sabes.

—No creo que puedas, pero ¿cuál será tu excusa? —preguntó Isabel con insinuante sonrisa.

—Le diré que lo mío no es estar sentado en una mesa. Lo que pasa es que, sabiéndolo, me lo han propuesto —respondió con exagerada decepción y enfado.

—¿Por qué no?

—Por favor —negó con fastidio Martín.

Isabel colgó el traje de chaqueta en un amplio armario.

—Supongo que, antes de plantearle tu disconformidad, ya tendrás la contraoferta. ¿La tienes? —al verlo tan abrumado se echó a reír—. Quien ha de fijarse en ti saldrá corriendo.

Cautamente, Martín la agarró de la cintura.

—Creo que estás pasado de revoluciones o estás entrando en una depresión. Si es así, necesitas unos días de descanso —añadió Isabel, burlona.

Martín gesticuló con intencionada avidez.

—Veo que has hecho crac —Isabel, provocadora, le tocó la sien—. Querido mío, lo afirmo: necesitas unos días de des-

canso —señaló hacia el baño—. Muévete y vuelve lo antes posible.

Martín se desabrochó el cinturón y los pantalones se deslizaron hasta el suelo. Dando saltos, entró en el baño. Isabel rio a carcajadas. El móvil sonó amortiguado, Isabel fue hasta donde estaba el bolso, miró la pantalla y lo apagó con indiferencia. De uno de los cajones de la cómoda, sonriendo, sacó un estuche y lo ocultó bajo la almohada.

La mirada de Martín, tendido en la cama, junto a Isabel, recorrió lentamente la habitación hasta dejarla fija en el rincón donde se unían el techo y dos de las paredes.

Algunos estudiantes, en grupos, charlaban en la escalinata; otros subían hacia la entrada principal de la facultad.

—¿Qué le digo a Nuria? —preguntó Federico.

—No podemos ir más de seis —respondió Enrique abstraído.

—Donde van seis pueden ir siete.

—A Machu Picchu, precisamente, no.

—A mí me gustaría que viniera —insistió Federico, e hizo un gesto de entendimiento.

—No soy quien organiza este viaje —negó Enrique fijándose en el desasosiego de Ignacio unos pasos más atrás.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Federico con enfado.

—Espera, tengo que decirle algo a Ignacio.

—Lo que te pido es que hagas lo posible para que venga con nosotros —Federico le dio un empujón.

Enrique bajó dos tramos de la escalinata y se detuvo junto al grupo donde estaba Ignacio.

—Me ha llamado Adela —dijo en voz baja—. Quiere decirnos algo antes de que se entere todo el mundo.

—¿Es algo malo? —preguntó Ignacio.

—No lo sé.

—Luego nos vemos —se despidió Ignacio del grupo Enrique e Ignacio comenzaron a subir la escalinata.

—Cualquiera puede adivinar que escondes algo —dijo Enrique en voz baja—. Es mejor que te quites eso o no podrás concentrarte.

—Al revés, saber que llevo este testigo me ayudará a salir del trance en el que caigo siempre.

—Vamos a un servicio y acabemos con esta tontería.

Enrique lo agarró del brazo, pero Ignacio no se movió, se frota con fuerza las manos.

—Pareces un replicante —Enrique se echó a reír al ver la crispación de Ignacio—. De todas maneras, lo primero que vamos a hacer es quitarnos esto de encima. Hola, hola, probando. ¿Qué pasa si descubren lo que ocultas? Vamos.

En otro grupo, Antonio amagó un manotazo y Jorge, al echase hacia atrás, obligó a Martín hacer lo mismo para no ser atropellado.

—Lo siento, señor —se disculpó Jorge.

—No ha pasado nada.

Martín continuó subiendo la escalinata. Al entrar en el gran vestíbulo de la facultad, desorientado, se abrió paso entre los estudiantes. Uno, subido a una escalera, ataba el extremo de la cuerda a la barandilla; otros desplegaban en el suelo la alargada pancarta.

—Hola —saludó Martín a una joven.

Nuria, volviéndose, le ofreció una hoja del montón que tenía en la mano.

—¿Jules Lambert? —preguntó Martín echando una ojeada a la hoja con gesto de asombro.

—La conferencia es el viernes, a las dieciocho horas. Es un análisis sobre el estado en que se encuentran las ideologías de nuestro tiempo.

—Uf —resopló displicentemente Martín.

—Ya veo. Es mejor que no vengas.

—¿Por qué? A mí, especialmente, me interesa mucho la conferencia.

Nuria extendió el brazo para dar una hoja a otro estudiante.

—Perdón. ¿Hay alguien que pueda informarme? Estoy buscando al profesor Eduardo Ruiz.

Nuria lo miró con recelo.

—Tienes que subir al segundo piso, ahí está Eugenio, es el be-
del que lo sabe todo.

—Gracias.

—Ven con tiempo porque el salón de actos va a llenarse de
gente.

Nuria se apartó para ayudar a extender la pancarta. Martín, al
ver los que esperaban ante el ascensor, se dirigió hacia la escalera.
En el segundo piso, recorrió el pasillo y golpeó levemente con los
nudillos en una de las puertas.

—Adelante —repitió la voz de una joven.

—Buenos días. Perdón —se disculpó Martín desde la puerta.

—Buenos días, señor. Por favor, no la cierre, hace calor —dijo
Adela mientras abría un paquete postal.

—Tengo una cita con el profesor Eduardo Ruiz.

Martín entró en el estrecho despacho.

—Sí, lo sé. Ocurre que el profesor ha tenido que salir por algo
imprevisto, ineludible; por ello le pide disculpas.

—¿Tardará mucho en volver?

—Será después de su clase —desenvolvió el plástico que cubría
el paquete—. Una hora y cuarto, más o menos.

—Muy bien. Haré tiempo y volveré pasada una hora.

Inesperadamente, Adela, con exagerado aspaviento y señalando
el paquete, retrocedió hasta chocar con el mueble biblioteca. Mar-
tín, precavido, examinó el paquete.

—No puede ser, no puede ser —repetía Adela.

—Son excrementos —asintió asombrado Martín—. Quiero
decir, mierda.

Precipitadamente, Adela se acercó a la mesa, cogió varias servi-
lletas de papel y la botella de agua y se apartó de nuevo.

—Es terrible. Hacía un tiempo que no pasaba nada —mojó la
servilleta con agua de la botella y se limpió las manos—. ¡Qué asco!
Sabemos quiénes son, pero cómo probarlo. Y, por otra parte, el
profesor no le da importancia.

Con repugnancia, echó la servilleta a la papelera y, precipitadamente, marcó tres números en el teléfono fijo.

—¿Me permite? —preguntó Martín.

—No, no toque nada.

—Solo quiero lavarme las manos.

—Eugenio, venga lo más rápido que pueda. Sí, soy Adela. No, no es eso. El profesor ha recibido un paquete sospechoso. Ya lo he abierto y lo que he visto es para alarmarse. Sí, sí. Aquí lo espero.

Al colgar el auricular el intenso olor le provocó ganas de vomitar. Precipitadamente, cogió el bolso, que estaba junto al sillón, y se dirigió hacia la puerta. Martín terminó de limpiarse las manos.

—Esta vez, aunque no lo quiera el profesor, tendrá que hablar con el rector —murmuró indignada desde el pasillo.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Martín, saliendo del despacho.

—Por favor, no se vaya —rogó nerviosamente Adela.

Se quedaron en el pasillo; ella, irritada, moviéndose de un lado al otro; Martín, perplejo, anotando algo en el papel.

En el aula magna de la facultad, Eduardo, ante la grada llena de estudiantes y de oyentes, se cubrió el rostro con la máscara teatral, trágica, de la Grecia clásica.

—Ante las puertas del templo, el corifeo clama con descuidado ritmo, como sopló tronante de Polifemo que hiere a Armonía, un triste presagio para los dorios —su actitud era ceremoniosa y su tono recitativo. Se quitó la máscara y añadió con expresión festiva—: El coro responde con dítirambos a Dionisio. Los címbalos, castañuelas, cascabeles y tambores provocaron, entre frenéticos gritos y convulsivos movimientos, la metamorfosis de la multitud, como un mar ante el continente de la Tierra.

Martín, sentado en la última fila, observaba a Eduardo con extraordinaria curiosidad.

—Otra vez, la tronante voz del corifeo invocó a Zeus —puso la máscara junto al rostro—, para suplicar, por tres veces, la aparición

de Palas Atenea, la que se cubre de brillantes armas, para espanto y muerte de los soberbios, de los demiurgos de sí mismos —dejó la máscara sobre la mesa y, amargamente, añadió—: El poeta, finalmente, implorará a los dioses la protección para Tebas y para los hijos del tronco heroico de Cadmo.

Enrique hizo el signo de silencio a los que estaban detrás.

—Píndaro encontró en la expresión poética coral, en tan excelsa forma, la manera de revelar los estragos que provocan los grandes trastornos, aquellos que abren abismos entre el antes y el después. Él fue testigo de ello.

A medida que se acercaba a un lado del aula, su apostura, los gestos y el tono de voz se vulgarizaron. Se detuvo muy cerca de la pared. Se oyeron risas contenidas.

—Al llegar al ágora, descubrió con pavor cómo la multitud, gente indiferente, sin referencias donde sustentarse, girando en sí mismos, perdidos —se volvió hacia los asistentes y los encaró—, al escuchar al fascinante demagogo, el que culpa a los otros de que no se cumplan los sueños, se transformó en un monstruo de incontables cabezas —señaló al auditorio con un gesto de complicidad—. Podemos figurarnos la escena porque esta es una situación que se repite en todas las épocas.

Martín advirtió que, en la fila de abajo, algunos hablaban entre ellos y tosían.

—Paradójicamente, Píndaro, al mirar hacia atrás, tuvo la visión del futuro. Ahí estaban los creadores de las grandes ideas —se inclinó con admirativa reverencia—, las ideas que posibilitaban revelar, ordenar el universo. Nunca el pensar ha tenido tanto poder y alcance —miró con angustiada perplejidad al auditorio—. Desde ese tiempo, el ser humano se extendió hasta alcanzar otra dimensión: la propiamente humana. Entonces, se preguntó: «¿Por qué los coetáneos eran ahora solo la sombra de tan poderosos antepasados?». La respuesta de la pitonisa de Apolo esta vez no fue oscura —ahuecó la voz—: «Los hijos, alegres y confiados, sin modelos donde mirarse, al cabo del tiempo, dejarán de ser alguien; los hijos,

perdida la actitud heroica, dejarán de enfrentarse a los monstruos del caos y las sombras. Entonces, sin identidad, no defenderán ninguna frontera» —con exagerado gesto de rechazo y asco se fue al otro lado del aula—. Es increíble, en apenas unos años, al dejar que se apagara el fuego, el que fue dado a costa del más extremado castigo, los hombres y mujeres dejaron de ser libres; dejaron de ser semejantes a los dioses. Así se cumplió lo dicho por el oráculo y llegaron al peor de los finales.

Se oyeron risas. De pronto, Enrique se puso en pie.

—Ciudadano, ¿le ocurre algo? —preguntó Eduardo al fijarse en Enrique.

—Profesor, siento interrumpirlo —respondió respetuosamente Enrique—. Me levanto para manifestar mi protesta contra los que me impiden escuchar tan magistral discurso —hubo abucheos—. La solución puede ser inmediata, sugiero a los hacedores del ruido que tengan la amabilidad de abandonar el ágora.

Enrique se sentó con desdeñosa sonrisa. Los que rodeaban a Diego protestaron golpeando las mesas y pateando el suelo.

—Es una proposición justa —aceptó Eduardo—. Usted tiene el derecho a escuchar. Así que insto a quienes no estén interesados en mi exposición o no estén de acuerdo con mi argumentación a que guarden silencio para que sea posible la luz de la dialéctica —se interrumpió al reparar que alguien tenía el brazo en alto.

—Perdón, profesor —Diego, en la penúltima fila de la grada, se excusaba con exagerada pleitesía—. Hemos sido nosotros los que, hace unos momentos, nos reíamos.

Los demás disfrutaban de la inesperada situación.

—Muy bien. ¿Usted cree que podríamos participar de esa alegría? —requirió Eduardo con gesto de cansancio.

—Ahora ya no tendría sentido repetir lo que nos provocó la risa. Me parece que no se entendería.

Los que estaban a uno y otro lado de Diego contenían sus ganas de reír. Adrián, junto a Diego, al ver el gesto de alguien, se rio a carcajadas. Hubo gran alboroto.

—Este divertimento ha sido muy oportuno. Inténtelo —insistió Eduardo una vez que se hizo el silencio.

—Antes, brevemente, tendré que justificar tal procacidad —continuó Diego con excesivo miramiento y presunción—. Usted repite una y otra vez que todo está en los griegos y que sus ideas pervivirán hasta la extinción de los tiempos. En este contexto, alguien hizo el comentario que, por contraste, nos hizo reír. Si me lo permite, añadiré algo más para aclarar nuestro comportamiento. En nuestros días, los anunciadores de apocalipsis a lo Píndaro solo son motivo de conmiseración o de burla. Hay que reconocer que son otros los caballos que arrastran la historia.

Lo interrumpieron fuertes aplausos de su grupo. Otros, entre ellos Enrique e Ignacio, manifestaron su disconformidad.

—¡Dejen hablar! ¡Dejen hablar! Por favor, ¡silencio! —repitió Eduardo.

—Desde otros ideales, el mundo ya es distinto y mejor —gritaba con jactanciosa terquedad Diego—. Y, por lo mismo, ya no es posible defender la teoría de las decadencias cíclicas.

—¡Silencio! —pidió Eduardo a los que abucheaban y aplaudían.

—De hacerlo, se estaría justificando la antigua concepción del mundo, las viejas teorías aristocráticas de la historia —hizo una pausa—. Ahora sí puedo decirle el comentario que nos hizo reír y que seguro va a perdonarnos —cuando se hizo el silencio, añadió con tono intencionado—: Estoy hasta los huevos de los griegos.

Hubo risas, aplausos y abucheos. Diego, con insolente satisfacción, se dejó caer en el asiento. Adrián relinchó descaradamente y golpeó la mesa imitando el galopar de caballos. Eduardo se dirigió sonriendo a la mesa, cogió un telemando y se volvió hacia los asistentes.

—Su interrupción ha sido ejemplar y habrá que agradecerérselo. Siempre ocurre en el último acto de las grandes tragedias —algunos aplaudieron y Diego se inclinó reverencialmente—. Bueno —Eduardo echó una ojeada al reloj—, nos queda el tiempo suficiente para concluir el tema que tenemos entre manos.

Algunos seguían pidiendo silencio. Eduardo se detuvo ante la pantalla del televisor.

—¿Cuáles son nuestras diferencias, nuestras señas de identidad, comparándolas con otras épocas? ¿Es cierto que las ideologías han muerto? ¿Hemos alcanzado el mundo feliz o, por el contrario, estamos dando síntomas de decadencia? ¿Quiénes somos nosotros? ¿Cuáles son los principios, las causas, los valores que nos guían y que nos hacen actuar? —retiró un disco del reproductor de vídeo—. En este reconocimiento nos encontraremos, si el azar nos favorece, con los descendientes de los griegos, con aquellos que tienen el don de la clarividencia y que, por lo mismo, viven bajo el amparo de la diosa libertad; o, por el contrario, nos daremos de bruces con los que no se hacen preguntas, con los que se mueven en cohortes, en un mundo donde solo sucede lo previsto.

El ventanal se iluminó por un intenso relámpago y enseguida retumbó un trueno.

—Igual que en el tiempo de Píndaro, nuestro Zeus tiene el poder de destruirnos —Eduardo, estremecido, señaló hacia las ventanas—. Píndaro, que velaba el fuego dentro de sí —se acercó a la mesa—, tuvo que hacerse estas o parecidas preguntas. Hagamos nosotros lo mismo, elaborem las preguntas que nos permitan descubrir las respuestas acertadas. Esta sí es una tarea que merece llevarse a cabo —alguien entreabrió la puerta y Eduardo asintió con la cabeza—. Ahora sí, el tiempo nos ha alcanzado. Dejemos para otra ocasión lo que sigue. En el próximo encuentro, todos vendremos cargados de visiones y de respuestas. Mientras tanto, les deseo fortuna y tiempo para disfrutarla.

Enrique e Ignacio aplaudieron con entusiasmo. Eduardo guardó los papeles en la cartera. Después de cambiar una mirada significativa con alguien, salió por la puerta del fondo. Martín se mantuvo quieto, a pesar del ruido de los que abandonaban el aula; solo reaccionó al ser empujado por una joven. Entonces, apresuradamente, pidiendo permiso, se abrió paso entre los que se agolpaban ante la puerta del aula.

A lo largo del ancho pasillo de la facultad, Martín y Eduardo caminaban conversando animadamente.

—No se preocupe. Desde las once de la noche tenemos dos horas por delante. Es tiempo suficiente para debatir a fondo cualquier tema.

—Siempre que no haya muchos para opinar —ironizó Eduardo.

—En esta ocasión, estarán Juan Darién, que es pedagogo; un diputado ocupado de este tema; y el tercero es usted.

Enrique e Ignacio los saludaron al pasar. Eduardo no pudo verlos, se estaba dando la vuelta y señalando hacia atrás.

—Será mejor que vayamos a la cafetería. En estos momentos mi despacho no es apropiado para hablar de esto.

—Puedo corroborarlo, tiene el peor de los olores —Martín hizo un gesto gracioso de repugnancia.

Asintiendo, se echaron a reír.

—No solo ahí. Toda la universidad huele a podrido. Me asombra que haya elegido este tema. No es propio para ser debatido a través de medios de comunicación tan poderosos, condicionados por los intereses políticos, empresariales o por la publicidad.

—Créame, hay mucha gente interesada. El Parlamento, en estos días, lo está debatiendo.

—Bien. Si voy a su programa, tendré que hablar de la excesiva politización de los profesores y de los alumnos, nunca como ahora. Estamos en las manos de una casta. Entre ellos se reparten los cargos y las subvenciones.

Martín anotaba algo en una libreta. Al levantar la vista, le extrañó la actitud de un grupo de jóvenes.

—Esto le parecerá una provocación. Algunos profesores estamos valorando la posibilidad de retirarnos al refugio de nuestras casas o irnos a otros países, a otras universidades en donde la libertad de cátedra esté por encima de la ideología imperante: la carcoma de los pilares de la universidad. Como puede apreciar, mi

crítica es muy negativa —Eduardo se detuvo, buscaba algo en los bolsillos y en la carpeta.

El grupo de jóvenes, entre ellos Diego y Adrián, se abrió para dejar en medio a Eduardo y Martín. De pronto, Adrián, con sonrisa provocadora, al pasar, se acercó hasta soplar en la oreja de Eduardo. Bruscamente, temblando de ira, Eduardo se revolvió y abofeteó a Adrián. Todos, muy sorprendidos, vieron cómo Eduardo, por sujetar la carpeta, trastabillaba y caía al suelo.

—¿Lo habéis visto? Me ha pegado —gritó Adrián, atónito.

De rodillas, Eduardo con preocupación sacó un reloj del bolsillo.

—Sois testigos de lo que ha hecho —Adrián enfurecido se abalanzó hacia Eduardo, pero Diego lo retuvo.

Eduardo, en silencio, se cercioró de que el reloj aún funcionaba.

—Esta vez se le va a caer el pelo. Está loco, está loco —gritó Adrián, fuera de sí.

Una vez guardado el reloj, Eduardo, abrumado, recogió las hojas esparcidas por el suelo.

—Vámonos —Diego apartó a Adrián a un lado.

—Viejo asqueroso. Te acordarás de esto, te lo aseguro —Adrián, enronquecido, lo señaló con gesto despreciativo.

—Por favor, ¿sabéis quién es? —preguntó Martín encarando a los jóvenes, y se agachó para recoger las hojas que pisoteaban los curiosos.

—Nosotros sí lo sabemos. Tú, se ve que no —gritó airado Diego, llevándose a Adrián.

Martín ayudó a Eduardo a ponerse en pie.

—Estoy bien. Gracias —dijo en voz baja.

Se oyeron desde el fondo los insultos de Adrián.

—¿Qué pasa? —preguntó un recién llegado.

Eduardo, sin mirar a nadie, se abrió paso entre los que lo rodeaban. Lo seguía Martín, desconcertado.

